

Pilar Máynez. *El calepino de Sahagún: un acercamiento*. Pról. de Miguel León-Portilla. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 2002; LII + 375 pp.

Las notas que dejó Sahagún en el *Códice florentino*, la versión más acabada de su gran proyecto etnolingüístico, representan, en sus propias palabras, no un calepino en sí sino “los fundamentos, para qujen qujsiere, con facilidad le pueda hazer” (*Historia general de las cosas de la Nueva España. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*, edición facsimilar, Florencia-México, Giunti Barbera-Archivo General de la Nación, vol. 1, p. 3). Y es que, en contraste con Ambrosio Calepino, quien para su *Cornucopia* se basó en una lengua de rancio abolengo como el latín y tuvo por lo tanto la posibilidad de autorizar “todo lo que dize, con los dichos de authores”, dice Sahagún: “el qual fundamento me a faltado a mj; por no aver letras, nj escriptura, entre esta gente” (*ibid.*).

Una cuidadosa revisión de la bibliografía sobre Sahagún y la relación entre sus obras permite a la autora determinar el gran interés del franciscano por la lexicografía: sólo así se puede explicar su voluntad, expresada en el *Códice florentino* —aunque no se pudo llevar a cabo del todo—, de presentar el material en tres columnas: una columna con el texto en castellano, la siguiente con el texto en náhuatl y la de la extrema derecha con las explicaciones juzgadas pertinentes del texto en náhuatl, tal y como lo encontramos en el texto al que Francisco del Paso y Troncoso llamó *Memoriales con escolios*. Aunque en el *Códice florentino* no se logró por completo tal propósito, en el presente libro la autora se da a la tarea, como resultado de muchos años de investigación, de conformar con base en los comentarios de fray Bernardino al texto español de su *Historia general de las cosas de la Nueva España* el calepino del que Sahagún “echó los fundamentos”.

En cuanto a la organización del material, si bien una clasificación semántico-temática —como la empleada por la autora en su trabajo *Religión y magia. Un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún* (México: UNAM-ENEP Acatlán, 1989)— hubiese permitido sin duda un acercamiento más directo y profundo a la cosmovisión mexicana, la imbrica-

ción semántica de los rasgos de contenido mínimo que conforman cada definición hacía muy difícil la organización del material. Se impuso, por lo tanto, un criterio de orden alfabético, pues el género que se dio a conocer con cierto éxito, y sobre todo en el ámbito hispánico, como “calepino” es esencialmente un género lexicográfico.

Lo que ofrece al lector este calepino, en el que Pilar Máynez lleva a cabo la tarea emprendida por Bernardino de Sahagún, es una serie de artículos ordenados alfabéticamente. Con el fin de facilitar la comparación con otras herramientas útiles para la lexicografía náhuatl, la entrada principal de cada artículo se basa en la propuesta ortográfica de Miguel León-Portilla, la cual corresponde, por lo general, a una tradición escritural del náhuatl del siglo XVI. A cada entrada sigue su traducción, extraída principalmente de los glosarios que acompañan las dos ediciones canónicas de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, la de Ángel María Garibay y la de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, aunque se complementaron muchas veces con la consulta de otros diccionarios (como el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de Molina, el *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana* de Siméon y *An Analytical Dictionary of Náhuatl* de Karttunen). Asimismo, para los topónimos se confrontaron las entradas del calepino con libros de toponimia mexicana como la *Nomenclatura geográfica de México* de Peñafiel, *La toponimia indígena en la historia y la cultura de Tlaxcala* de Anaya Monroy y la *Onomatología del Estado de México* de Olaguíbel; para los términos religiosos, la autora acudió a los vocabularios anexos a *La filosofía náhuatl* y a *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses* de Miguel León-Portilla, así como algunas traducciones propuestas por Ascensión Hernández de León-Portilla en su estudio sobre *Francisco Hernández. Antigüedades de la Nueva España*; también tomó en cuenta las traducciones propuestas por Sahagún o sugiere posibles transvases. Sólo en algunos pocos casos no quedó más remedio que hablar de una etimología incierta. Lo más importante es sin duda que la autora optó por marcar cuidadosamente cuándo se trata de una traducción de los componentes de la palabra, en cuyo caso se utilizan comillas, y cuándo, al contrario, la explicación castellana se refiere a la totalidad del elemento, en cuyo caso proporciona la traducción seguida de una paráfrasis, sin comillas. Asimismo, marca con un asterisco las entradas que son sinónimos de otros vocablos náhuatl; no fue necesario dar explícitamente el sinónimo en cuestión, puesto que aparece citado en el fragmento de la *Historia general* correspondiente a la entrada.

En un renglón aparte se encuentran, entre paréntesis, las diferentes ortografías del vocablo en los comentarios de Sahagún tal y como aparecen en los fragmentos que se citan en cada entrada. En el renglón siguiente, cuando lo juzgó necesario para una mejor contextualización de la cita del texto de Saha-

gún, la autora incluyó entre corchetes algunos elementos, como el ámbito temático en el que se incluye la cita —en cuyo caso este comentario empieza con “Al referirse a [...]” o “hablando de”— o precisiones sobre el momento en el que se incluye el fragmento acotado.

En el tercero o cuarto renglón, según se incluya o no el comentario arriba mencionado, empieza la cita de la *Historia general*. Para garantizar una transcripción fidedigna de los términos del náhuatl y de su contexto, la autora optó por una edición que respetara las grafías empleadas por el copista —incluyendo, por ejemplo, la alternancia de mayúsculas y minúsculas— y la puntuación del manuscrito. En cuanto a las abreviaturas, proporciona en la introducción la lista relativamente breve de las que se encuentran en el texto, lo cual le permite resolverlas sin marcas en el texto crítico; lo mismo hace con la separación de palabras, anunciando que separó las palabras que aparecían unidas dejando sólo los casos de éncclisis. Así, el lector interesado encontrará en esta edición una visión casi facsimilar del comentario de Sahagún que aquí se ofrece. Sólo el interesado en morfología lamentará sin duda que no se marque el final de renglón (para tener una idea sobre la división silábica) y el que busque procesos de vacilación para estudios de variación lingüística podrá extrañar la falta de referencia a las posibles tachaduras y correcciones del texto del franciscano, aunque no era éste el propósito de la presente edición, pues para dichos estudios bastará con consultar la edición facsimilar, la cual es relativamente asequible.

Dentro de cada cita de la obra de Sahagún, y teniendo como propósito facilitar su ubicación, el término náhuatl al que remite la entrada se encuentra en cursivas. El número de citas por entrada varía entre una y más de treinta, dando además pistas acerca de la frecuencia de uso del vocablo en el mundo náhuatl. No es de extrañar, por lo tanto, que términos tales como algunos topónimos y nombres de personas aparezcan citados numerosas veces, así como herramientas o manjares imprescindibles de la vida diaria como el “comal” o el “tamal”, mientras que otros topónimos o antropónimos u otros elementos, como la mayor parte de las yerbas, sólo aparecen una vez. Termina cada entrada con la localización precisa de la cita (libro, folio y página), lo cual facilita la consulta del original o, en todo caso, del facsímil.

La lingüista Pilar Máñez termina su introducción con un ejemplo magistral del uso que se puede dar al corpus que aquí nos presenta: en efecto, nos brinda un estudio muy ilustrativo de los recursos morfosintácticos empleados por Sahagún para las definiciones castellanizas de los términos nahuas, desde los recursos comparativos o de equivalencia hasta los trasvases introducidos por frases como “quiere decir”, pasando por simples yuxtaposiciones o procedimientos analíticos más complejos; y, en relación con dichos recursos, los fenómenos semánticos más frecuentes en la explicación de los objetos y con-

ceptos indígenas, basándose en las motivaciones onomatopéyicas y morfológicas que sirven para explicar el contacto entre dos realidades lingüísticas tan diferentes.

Así, de la “haacxoatic”, una yerba medicinal “parecida al abeto”, hasta la “çoyatl” (palma), el calepino nos propone una síntesis organizada de la labor lexicográfica llevada a cabo por Sahagún en relación con sus intereses por la divinidad, los rituales, los mitos, el gobierno, la sociedad y la vida diaria durante el largo proceso de redacción de su *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Pero más aún: este libro nos incita, de una forma en la que la eficacia comunicativa no se da en aras de la preocupación por la forma externa de los testimonios acotados, a una reflexión acerca de cómo se dio la integración de dos mundos.

LAURETTE GODINAS
El Colegio de México